

LA PEÑOLA,

REVISTA CIENTIFICA Y LITERARIA.

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES.

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Trimestre. 9 rs.

FUERA DE LA CAPITAL.

Trimestre. 11 rs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico, calle del Prado, núm. 10, bajo, y en las principales librerías de esta Capital.
Toda la correspondencia dirigirla a nombre del Administrador
DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

ADVERTENCIA.

Desde el presente número será nuestro semanario, **REVISTA QUINCENAL CIENTIFICA Y LITERARIA**, publicándose los días 15 y 30 de cada mes; dejamos tambien la forma apaisada del álbum y novela, publicando las poesías intercaladas en el texto, á fin de no privar de lectura á nuestros favorecedores.

LA REDACCION.

SUMARIO.—Estefanía la desgraciada, (apuntes históricos) por Pablo Leon Gimenez.—El cielo de tu mirada, por Carlos Vieyra y Abreu.—El Tiempo, por Jacobo Fernandez Brizuela.—Cantares, por A. Fernandez Caballero.—La casa del Diablo, (cuento) por Lope Torés.—Perlas, besos y lágrimas, por A. F. Grilo.—El amor, por Javier Tort y Martorell.—No me acuerdo, por Jesús Cencillo.—Nada, por Jacobo Fernandez Brizuela.—La Casa de Rocaforte (novela) por D. Felicitas Asin de C.—Plumadas.—Charada.—Fuga de consonantes.—Solucion al número anterior.

Doña Estefanía la Desgraciada.

(APUNTES HISTÓRICOS.)

Ego sum Dóminus Deus tuus fortis, zelotes, visitans iniquitatem patrum in filius, in tertiam et quarta generationem.

(Exod. XX, 5.º)

El emperador D. Alfonso VII casó con doña Berenguela, hija de D. Ramon de Berenguer, undécimo conde de Barcelona y doña Dulce, condesa de Provenza, de cuyo matrimonio tuvo cuatro hijos llamados D. Sancho, á quien se dió el dictado de *Deseado*, por la impaciencia con que el reino esperaba un sucesor á la corona, D. Fernando, don

García y D. Alfonso, y dos hijas, doña Constanza y doña Sancha.

Muerta doña Berenguela en 1149 casó D. Alfonso en 1153 de segundas nupcias con doña Rica, Urrica ó Richilde, que con todos estos nombres la vemos llamar en la historia, hija de Uladislao, duque de Polonia, de cuya segunda muger tuvo otros dos hijos doña Sancha, que casó con D. Alfonso II de Aragon y D. Fernando, de quien no hacen mencion algunos historiadores.

Casado D. Alfonso con doña Berenguela, conoció á Gontroda, hija de D. Pedro Diaz, en una expedicion que hizo á Asturias en 1132, y se enamoró de ella tan ciegamente, que al poco tiempo le dió una hija llamada Urraca, que fué reina de Navarra con motivo de haberse unido con D. García VI.

Otros amores de D. Alfonso, refiere la historia que fueron la causa del sangriento suceso que ha dado motivo para escribir ligeramente este artículo.

Tenia D. Fernando Fernandez una hija soberanamente bella que hacia las delicias de sus padres, si bien se trocaron pronto las alegrías de esta familia en continuos pesares y terribles, profundos dolores.

El emperador fijó sus ojos en Sancha, hija de don Fernando, y el amor se enseñoreó de su corazon.

Doña Sancha era muger y el amor del emperador halagaba su orgullo; pero su hermano D. Martin era un obstáculo para estos amores, y cruzó por su mente una idea horrible que pronto llevó á cabo, empezando entonces el terrible drama que habia de desenlazarse luego de una manera sangrienta.

Doña Sancha cortó el hilo de la vida de su hermano y pudo realizar sus planes. Fué querida del emperador.

Al poco tiempo D. Alfonso tenia otra hija, fruto de estos amores.

Estefanía, la hija del adulterio, era hermosa y

buena; su belleza corporal era grandísima, pero era mayor la belleza de su alma de ángel; reunía en sí todas las condiciones capaces de hacer feliz á cualquier hombre.

D. Fernan Ruiz de Castro la amaba y la hizo su esposa.

¡Qué feliz se deslizaba la vida para los dos esposos!

¡Cuántas venturas, cuántos placeres encontraban los dos jóvenes en medio de su cariño recíproco!

Pero estaba escrito: pronto una nube de sangre había de empañar el cielo de su amor y de su felicidad.

Una doncella de doña Estefanía tenía amores con un soldado y hablaba con él por las noches en una huerta.

Para estas entrevistas solía ponerse los trages de su señora, por lo que los escuderos y demás gente de la casa, la confundieron con doña Estefanía y avisaron á su esposo, el que fingiendo ausentarse, les sorprendió una noche.

El cambio de vestidos le engañó como había engañado á los demás, y loco, fuera de sí, corrió á lavar con sangre la pretendida mancha de su honor.

El soldado murió á sus manos, y la criada mientras tanto, emprendió la fuga y fué á refugiarse debajo del lecho donde dormía su señora con su hijo Pedro.

Ardiendo en ira llegó D. Fernan á la cámara de su esposa, y hallándola en el lecho hundió su puñal repetidas veces en el pecho de aquella mártir. (1)

Pronto conoció su error al encontrar debajo del lecho á la infame doncella, y lloró amargamente su crimen.

Estefanía, la hija del emperador, fué la víctima espiatoria de la falta de sus padres y en ella se cumplieron las palabras del Exodo:

«Yo soy el Señor tu Dios que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion.»

En la historia se la conoce con el sobrenombre de la *Desgraciada*.

PABLO LEON GIMENEZ.

EL CIELO DE TU MIRADA.

~*~*~
A SOLITA.

~*~*~
Cuando mi pecho triste
lanza un suspiro,
para buscar consuelo
niña, te miro:
y en tu mirada

(1) Así lo refiere el conde D. Pedro en su *Noviliario* tit. II de los Castros.

vuelvo á encontrar, hermosa,
mi paz turbada.

~*~*~
Cuando en la noche oscura
miró hácia el cielo
que han cubierto los ángeles
con denso velo,
yo en dulce calma
busco luz en tus ojos
para mi alma.

~*~*~
Cuando miro la bóveda
sin una estrella,
vuelvo hácia tí mi vista
Solita bella;
y hallo en tus ojos,
astros que á los del cielo
dieran enojos.

~*~*~
Si espléndido y luciente
mirando al cielo,
á tí vuelvo la vista
con grande anhelo,
yo desvarío —
y tu cielo quisiera,
dulce amor mio.

~*~*~
Pues son cielos tus ojos,
niña querida,
cuando estinga la muerte
mi triste vida,
mi alma extasiada,
que vuela viendo el cielo
de tu mirada.

CARLOS VIEYRA Y ABREU.

EL TIEMPO.

«El tiempo» es todo un señor de aspecto venerable, barba blanca y con unos cuantos miles de años á la espalda.

Este caballero pasea por ahí repartiendo los días y los meses á todo viviente.

Con las señoras es muy poco generoso: generalmente no las dá más de veinticinco años; de ahí que pocas mugeres sean mayores de edad. ¿Lo duda usted, lector? Pregunte á cualquiera hija de Eva cuántos años tiene, y verá usted como no pasa de los veinticuatro.

Con los hombres es generoso; les abruma con el «peso de la edad.»

El señorito «tiempo» reparte, como es consiguiente, los años buenos (y malos; ahora parece que está de muy mal humor porque le han salido unos callos en el dedo pequeño del pié izquierdo; de ahí que vengan unos años tan calamitosos.

Porque «el tiempo» es muy vengativo; cuando se enfada arma cada pelotera que no hay quien le resista.

Por eso decimos: ¡qué tiempo tan malo! Se

enfada y se sofoca, y naturalmente nuestra pobre humanidad sufre las consecuencias.—Qué calor! Qué «tiempo más fastidioso! y todo es porque su señoría ha tenido un disgusto, se le ha subido la sangre á la cabeza y se ha sofocado, y nosotros nos sofocamos tambien.»

Porque la pobre humanidad está sujeta á su mando desde que habita este planeta que llaman «tierra.»

Este caballero ha tenido rasgos en su larga vida, que le han hecho célebre. Cada una de sus hazañas, es decir, cada una de las veces en que se ha lucido con la humanidad, le ha valido un apellido.

Todo el mundo sabe lo que valieron los «tiempos de Mari-Castaña;» aquí dijeron los, en vez de él, porque parece que entonces este caballero tenia unos hermanitos que le hicieron célebre.

«El tiempo» es un hombre muy derrochador, el que más gasta en el mundo. No hay cosa que no destruya «el tiempo,» que no acabe con ella. Poco á poco se lo vá comiendo todo, desde las onzas de oro hasta las arrobos de piedra.

Los hombres han gastado un dineral en infinidad de monumentos que luego el «tiempo» se ha ido comiendo poco á poco, acabando por destruirlos.

En fin, es un tipo completo. Con los españoles es muy abundante pero de poco provecho, así que todos «gastamos el tiempo» en cualquier cosa. Mil veces le habrá sucedido á usted, encontrarse unos amigos en la calle paseando y fumando: ¿qué haceis? habrá usted dicho.—«Gastar tiempo.» Esta es una respuesta general, es lo único que hoy día se gasta sin sentir. Verdad es, que no solo abunda mucho, sinó que hasta nos han enseñado á recuperarlo, á construirlo, digámoslo así. De ahí que cualquier desocupado se sienta al sol en invierno ó á la sombra en el verano y pasa allí unas cuantas horas.

—Sin hacer nada? —«Trán ustedes. No señor, «haciendo tiempo;» esto es muy fácil.

Con los ingleses es menos pródigo, pero en pago les produce más; como que para aquellos señores «el tiempo es oro.»

Hay alguna parte del tiempo que se escapa á nuestra compresion; cualquiera comprende «el tiempo pasado,» pero es muy difícil de adivinar el «tiempo futuro.»

No se le conoce á este caballero domicilio fijo; habita por todas partes, generalmente al descubierto, así que sin duda de las malas noches pasadas, padece unas intermitentes crónicas. El acceso del frio le dura un invierno, el del calor un verano y el de sudor un otoño.

Todo el mundo le conoce y á todos les parece mejor de jóven que de viejo; de ahí, que al llegar á cierta edad, recuerden siempre con delicia los abuelos el «tiempo pasado.» «¡Qué tiempos aquellos!» suelen decir con frecuencia acordándose de su tiempo y el de sus amigos y conocidos.

Por último; el «tiempo» que pasa se pierde, y éste señor pasa con mucha frecuencia.

El «tiempo» se agrega un apellido en circunstancias, que le califica. Por ejemplo; el que se invierte en leer artículos como éste, suele llamarse: «tiempo perdido.»

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

CANTARES.

Mis cantares son sarcasmos
son poemas de dolor;
cada cantar es un jay!
que lanza mi corazon.

Las olas del mar bravío
llegan á besar las playas,
y yo no puedo, mi vida,
llegar á besar tus plantas.

Del desengaño la cuesta
mi triste corazon sube;
solo falta que me olvides
para llegar á la cumbre.

Cuando al espejo me miro
me veo y no me conozco,
que solo acierto á mirarme
en las niñas de tus ojos.

Dicen que la ausencia causa
indiferencia y olvido,
yo estando lejos de tí
solo por verte suspiro.

Ojos míos, no lloreis,
que los dolores no matan;
si matáran los dolores
ya hubiera muerto mi alma.

A. FERNANDEZ CABALLERO.

La casa del Diablo.

(CUENTO.)

I.

Acababan de dar las doce de la noche, de una fria y lluviosa del mes de Enero, y los habitantes del pueblo de M... se hallaban entregados al descanso.

Las calles de la poblacion estrechas y siniestramente oscuras, estaban completamente desiertas.

De pronto se oyó á lo lejos por la parte de la carretera real, un ligero ruido que luego se convirtió en el trotar de algunos caballos y el rodar de un carruaje.

Con efecto; dos minutos despues llegó la nocturna comitiva compuesta de cuatro ginetes, á

quienes cubría casi por completo el rostro un sombrero negro de anchas y caídas alas, y el embozo de las largas y pesadas capas, bajo las cuales asomaban los cañones de carabinas ó escopetas.

Este grupo servía como de escolta á un grande y enlodado coche de camino tirado por dos poderosas mulas tordas que guiaba un bulto que casi se distinguía en el fondo del pescante, envuelto por completo en un ancho y fuerte capuchon de viage.

Todos hicieron alto ante la ennegrecida fachada de una casa semi-palacio que se alzaba á espaldas de la única iglesia del pueblo, viéndose confusamente á ambos lados de la puerta dos bustos en jaspe y grueso relieve, representando guerreros de la edad media.

Esta casa, que solía permanecer cerrada durante uno, dos ó más años, era para los sencillos moradores del lugar, objeto de los comentarios más peregrinos, y de las más raras historias que no carecían hasta cierto punto de fundamento, dado el modo misterioso de presentarse los que la habitaban, que siempre lo hacían con el mayor secreto y prevaleciéndose de las sombras de la noche, desapareciendo de igual manera á los quince ó veinte dias; y aunque durante su permanencia en la aldea no se recataban de nadie, su modo de conducirse era tan extraño y reservado, que daba lugar á toda clase de suposiciones, tanto entre la gente vulgar como en la aristocracia del pueblo, compuesta del médico, boticario, cura párroco, etc., etc.

Quién decía que los huéspedes desconocidos debían ser principes ó poderosos magnates á juzgar por su faustoso porte y distinguidas maneras: Quién aseguraba haber visto bajo el vestido exterior de nuestros hombres bruñidas armaduras de acero, y de aquí el deducir que fueran caballeros aventureros de los que por aquel tiempo desempeñaban altos negocios de Estado: No faltaba quien refería haber sentido en la casa que habitaban siniestros ruidos, como de cadenas ú objetos metálicos al chocar unos con otros, y aun á veces el débil vagido de una criatura recién nacida: Algunos decían haber visto en el interior de aquella singular vivienda, cruzar por las ventanas y miradores elegantes damas y recatadas dueñas; y quién en voz baja y como poseído de terror, manifestaba haber observado durante algunas noches entrar y salir precipitadamente por los balcones, por las aberturas de los torreones, y muy particularmente por la chimenea, jigantescos y negros fantasmas, escuadrones de horribles sombras y trasgos infernales que por el aire vagaban.

Esta última version, sin duda la más absurda y descabellada de cuantas se hacían, era la más aceptada entre la gente supersticiosa del pueblo; y de aquí el haber dado en llamar todos la morada á que nos referimos, *Casa del Diablo*, por cuyo nombre era de tiempo inmemorial conocida, á la cual nadie se acercaba sin cierto temor y recelo de día, y que por la noche se hubiera dejado des-

cuartizar cualquiera vecino antes que pasar por el punto donde estaba situada.

II.

En la noche que nos ocupa, los cuatro ginetes que ya hemos visto al llegar ante la Casa del Diablo, echaron pié á tierra. Uno de ellos se adelantó y con una llave de várias que al cinto llevaba colgando, que introdujo en la cerradura, abrió la puerta principal, que giró pesadamente sobre sus enmohecidos goznes.

Entre tanto las tres restantes se acercaron al coche, una de cuyas puertas laterales abrieron y descendieron del interior dos nuevos personajes de larga y espesa barba, completamente negra la del uno y extraordinariamente blanca la del otro; penetrando simultáneamente en la casa aquella sombría y muda comitiva, tras de la que se cerró nuevamente la puerta, quedando todo envuelto en el más profundo silencio despues.

A la mañana siguiente, los sencillos moradores de M... vieron por vigésima vez los extraños habitantes de la Casa del Diablo, á quienes miraban con invencible recelo y temor, sin atreverse á dirigirles una palabra ni pregunta de ningun género.

Así trascurrieron 15 dias, al cabo de los cuales desaparecieron de nuevo nuestros héroes incógnitos, sin que nadie pudiera decir la hora, forma y direccion en que lo hicieran.

III.

Otras várias veces se reprodujeron los mismos acontecimientos, sin que nadie se atreviera á hacer la más ligera investigacion; mas habiendo un dia llegado al pueblo una seccion de los cuadrilleros que recorrian aquellos contornos, y enterados del suceso determinaron reconocer la casa en cuestion, como así lo hicieron, dando por resultado encontrarse en una de las habitaciones subterráneas del edificio vários hornillos incrustados en la pared y dos grandes armarios de nogal, dentro de los que se hallaron diferentes vasijas como retortas, crisoles, redomas, etc. que contenían líquidos y metales fundidos, y en uno de los cajones secretos del mueble había infinidad de troqueles de diferentes tamaños y figuras y otros instrumentos análogos, incautándose de todo la autoridad local del lugar de M..., quien había prestado un importante servicio á la sociedad, pues había descubierto la guarida de monederos falsos.

Posteriormente se mandó demoler la Casa de Diablo, y al verificarlo se hicieron várias escavaciones en los subterráneos, descubriéndose una cueva, dentro de la que se hallaron descompuestos esqueletos de seres humanos y algunos cuerpos que aún conservaban las señales inequívocas de haber sido violentamente muertos. Sobre la carcomida puerta que cubría la cueva se leía en gruesos caracteres metálicos la siguiente inscripcion *Aquí se guarda el secreto de la liga.*

Continuando las esploraciones se descubrieron otras mil cosas que llamaban extraordinariamente

la atención; pero lo más digno de referir fué una gran losa de tres metros de largo por dos de ancho y bajo de ella una estensa escalera de mármol que conducía á una suntuosa capilla alumbrada débilmente por una magnífica lámpara de oro que pendía del gótico techo ante la imágen de un gigantesco crucifijo del mismo metal, y en cuyas manos se veían brillar de un modo deslumbrador dos preciosas estrellas que no eran otra cosa que los clavos, cuya cabeza era una riquísima esmeralda.

De los diferentes pareceres de personas inteligentes que acudieron á examinar tan maravilloso descubrimiento, y segun el estado y señales de las cosas, se venía en conocimiento de que hacia más de 200 años que no entraba persona humana en aquel sitio, ni aun el aire; y estrañándose que la lámpara continuase ardiendo á través de tanto tiempo, se hicieron nuevas investigaciones sin poder hallar la causa de tal fenómeno, siendo unánime creencia que quizás la acción del aire al penetrar en la capilla hubiera podido encenderla.

De todos modos esto es un problema todavía que quizás los hombres resuelvan para gloria de los siglos venideros, siendo de notar que á las 72 horas del descubrimiento, se apagó la luz por haberse consumido el aceite que la alimentó durante este tiempo, y cuyo líquido contenía un recipiente de cabida de medio litro.

Sobre la capilla subterránea referida y que hoy se encuentra en igual estado que el día en que se halló, se alza en el pueblo de M... un suntuoso palacio perteneciente al duque X... quien por una inmemorial costumbre permite á los vecinos de la aldea que entren los días festivos á oír el santo sacrificio de la misa en dicha capilla.

El valor de las joyas en esta encontradas, se calcula en 100.000 duros; y un platero inglés ha ofrecido al duque X... 1.000 libras esterlinas por las esmeraldas que sostienen en forma de clavos las manos del crucifijo.

Es seguro que los monederos falsos no dieron con esta capilla.

LOPE TORÉS.

Perlas, Besos y Lágrimas.

~~~~~  
 Cuando alegre la rosa despertaba  
 en los búcaros frescos de sus rejas,  
 cual broche puro que formó el rocío,  
 guardó tres perlas.

~~~~~  
 Cuando la niña al aspirar su aroma
 la arrebató del tallo sonriendo;
 cuando la niña la llevó á sus labios,
 guardó tres besos.

~~~~~  
 Cuando la flor marchita y sin perfume  
 á mis manos la niña traslaba;  
 cuando la rosa en mi pecho se moría,  
 guardó tres lágrimas.

A. F. GRILLO.

## EL AMOR.

I.

*De noche, en un jardín y á la luz de la luna. Ambos están sentados en un banco de piedra debajo de un árbol. Ella con unos cuernos como un demonio y mucho polvo de arroz: él con lentes y un sombrero de poja.*

—Enriqueta!

—Arturo!

—¡Amor mio!

—¡Mi bien!

—¿No te acuerdas de aquel baile, donde entre fugaz torbellino, nuestras almas se hablaron por vez primera y por vez primera se juraron amor?

—¿Y cómo he de olvidarla si ha sido el mas feliz instante de mi existencia, encubierta hasta entonces por un negro manto de palidez?

—Desde entonces, unidas nuestras almas por etéreo lazo, han marchado unisonas hácia la mansion ardiente del amor, y hoy que la casta protectora de los enamorados nos cobija con su reluciente manto, he de preguntarte si en vista de la feroz, de la inhumana actitud del cancerbero de tu padre, quieres seguir mis consejos....

—Arturo mio, mi corazón no sabe resistir á tus encantos, (aquí medio cierra los ojos) haz lo que quieras. Es preciso que huyamos.

—Huiremos.

—Yo montaré mi alazan brioso, que tascando el freno, esperará impaciente debajo de tu ventana; tú aguardarás en su alfeizar las tres palmadas de tu adorado Arturo; entonces bajarás palpitante de emoción y de amor, dirigirás una última mirada á la cárcel que encerró tanta hermosura, y subiendo en mi corcel, huiremos lejos, muy lejos, á gozar entre las maravillas por el Increado, creadas, los puros goces del inmortal amor....

—Huyamos, lectores, no sea que se nos pegue la rábía.

II.

*Salon antiguo y lleno de trofeos de nobleza. Un matrimonio de cincuenta años calentándose en un brasero, él con un gorro de casa y una bata; ella con antiparras y haciendo calceta.*

—El caso es, Leopoldo, que así no podemos seguir. Tu afición al juego no disminuye y nuestras rentas se dan mucha prisa en hacerlo.

—Ya te lo he dicho, muger, no hay más remedio que casar á nuestra hija.

—Bueno, pero ¿con quién? con el vizconde?

—Claro está; es noble, jóven y rico...

—Pero no lo es tanto como D. Caifás.

—¿Y qué nos importa un millon más ó menos? Don Caifás tiene tantos años como yo.

—Nunca los ha tenido. O se casa con él ó no se casa.

—Pero ¿y nuestra hija? Tu crees que se querrá casar con ese hombre?

—Querrá? querrá? ¿Acaso es ella voto en la materia? Hará lo que nosotros digamos y nada más.

—¿No valdria más venderla en pública subasta?

## III.

*En el mercado. Ella con pañuelo encarnado en la cabeza y el cesto al brazo; él con un clavel en la oreja y gorra de cuartel.*

—Oiga buena moza.

—¿Qué me quiere V. militar?

—Sabe V. que tiene una carita muy bonitiña y un cuerpecito que me hace mucho tilin?

—A otro lao con esas, ¿oye V.?

—Huy qué salero! vale V. más cuartos de lo que pesa! Virgen bendita? y con qué ojos me mira V... vaya, deje V. que la lleve el cesto.

—Si V. se empeña...

—Así me gusta, cuerpo de Dios. (Al tomarla el cesto, la dá un beso en la megilla y ella le suelta una bofetada de padre y muy señor mio y dice:

—Por quién *ma tomas* V?

—Por la niña mas *salaa* de *too* el reino.

—Que yo no soy como muchas que *too* se lo permiten á ustedes, y así están tan atrevidos...

—¡Jesús! Yo soy tan *honraa* como la primera que soy propietaria aquí donde V. me vé, que si sirvo es porque me dá la real gana ¿entiende V.?

—Oiga, pues *igualito* me pasa á mí, soy *soldao* porque quise, que en casas tenemos dos tierras y una viña, y yo soy el mayor... conque... me parece á mí que... no digamos. Pero la verdad es que V. á mí me gusta mucho... vamos que me regusta y si V. quiere... hablaremos, que yo no soy un hombre de estos, sinó que voy con buen fin.

—Si es con buen fin, para mi no hay inconveniente. Todos los días me encontrará aquí á las nueve y hablaremos.

Entre tanto el señorito se desgañitaba pidiendo el chocolate.

## IV.

*En un gabinetito azul saturado de esencias y adornado con lujo y coqueteria. Ella medio reclinada en un sofá, llevando una lindísima bata delicadamente bordada; él, vestido á la última moda.*

—Estás enfadada, Eloisa?

—Pchs.

—Será que tienes nervios?

—Pchs.

—En verdad que estás encantadora con ese tocado, querida.

—Pchs.

—Eso es insoportable; es que no me quieres ya?

—Podria ser.

—Ya te lo dije el otro dia; mi bolsillo está á la

última pregunta y el mayordomo no quiere prestarme, sinó le hipoteco mi último terruño.

—¿Y á mi qué?... No quieres comprarme aquella carretela, Luis me la dará.

—Eso no. ¡Vive Dios! no quiero que ese botarate me robe tu amor. Tendrás la carretela. (Ella deja su postura indiferente, se anima y se acerca á él.)

—Y luego.... me comprarás aquel vestido de *moiré* que te dije, ¿verdad monin?

—Si, muger.

—Y aquel sombrerito de las tres rosas.... Mira, yo lo hago para agradarte más: ya sabes que yo no vivo mas que para tí...

—Vaya, picaruela, á tí no te se puede negar nada.

—Iremos esta tarde al paseo y todo el mundo te envidiará. ¡te quiero tanto!

—¡Oh poder maravilloso del dinero!

## V.

Ahora pregunto yo ¿qué es amor? Al que conteste satisfactoriamente, se le darán las gracias y además se le gratificará.

JAVIER TORT Y MARTORELL.

Barcelona y Julio de 1874.

## NO ME ACUERDO.

A MJ AMJGP RAMON CAMPJLLP.

## SONETO.

Te acuerdas, dí, cuando en la selva umbrosa,  
contemplando el arroyo plateado,  
el fulgor de la luna nacarado,  
y el fresco tallo de lozana rosa,

Vimos cruzar gallarda, voluptuosa,  
una deidad que me dejó hechizado?

¿No recuerdas tambien cuán extasiado  
quedéme al ver su cabellera ondosa?

¿No escuchaste su voz vibrante y pura?

¿No distinguiste cómo poco á poco  
se aproximó, radiante de hermosura,

Y un ósculo me dió con afan loco,  
perdiéndose despues en la espesura?

¿No te acuerdas, Ramon?... pues yo tampoco!

JESÚS CENCILLO.

## NADA.

Mi adorada Filomena:  
el pájaro que ahora trina  
en la arboleda vecina,  
y el que escuchaste con pena  
aquella tarde serena...  
y el que oiste en la alborada...

dí, Filomena adorada;  
¿no es verdad, mi ingrato bien,  
que cual dice, no sé quién,  
al cantar espresan... *nada?*

Y el murmullo de la fuente,  
la caída de la hoja  
que el fiero aguilon arroja  
contra la turbia corriente;  
y ese sol resplandeciente  
que á veces tanto te agrada...  
¿no te parece, mi amada,  
que en conjunto estos primores  
cual los pájaros cantores  
parecen decirnos... *nada?*

Y el azul del firmamento,  
y la macilenta luna;  
las aguas de la laguna  
y el huracan violento;  
y esa que vive un momento  
mariposa desgraciada,  
que luego será abrasada  
en la luz que tanto admira...  
¿no es verdad que cuando gira  
está diciéndonos... *nada?*

Las sombras del bosque umbrío,  
el perfume de las flores,  
del alba los resplandores,  
las ondas del manso rio;  
los calores del estío  
y el frio de una nevada,  
el ruido de una cascada  
y otras mil cosas, que son  
como estas, en conclusion...  
¿no es verdad que espresan... *nada?*

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

## LA CASA DE ROCAFORTE.

NOVELA ORIGINAL POR

DOÑA FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

### Introduccion.

En el antiguo reino de Navarra, á siete leguas de Pamplona, existe la pequeña ciudad de Sangüesa, cuya poblacion se halla situada en una hondura. Por la parte del Sur la domina el rio Aragon con su atrevido puente de un solo ojo y célebre por muchos conceptos, si hemos de dar crédito á las varias anécdotas que de él se refieren. Dos veces ha sido anegada la ciudad sufriendo un menoscabo considerable, hasta quedar reducida al poco vecindario que hoy cuenta. En la última de las inundaciones presentaba la poblacion un aspecto verdaderamente horrible.

A las dos de la madrugada del 24 de setiembre de 1787, empezaron á bajar por el rio árboles enteros que la violencia de la tempestad habia arrancado, y maderos cortados del monte Irati. La crecida era ya tan grande que casi rebosaba sobre la poblacion, cuando llegó de pronto aquella inmensa mole de maderamen, y se atravesó en el ojo del puente, impidiendo que las aguas llevaran su curso natural, y haciendo salir el rio de madre inundó la ciudad hasta una considerable distancia, donde hoy se halla colocada una cruz de piedra. En el punto donde más estragos hizo esta fatal avenida, fué en la calle Mayor que empieza en el mismo puente y atraviesa toda la ciudad hasta salir al camino que conduce á Javier. Hacia la mitad de dicha hermosa calle estaba situada la magnífica casa de Navarro, rico comerciante y propietario, que pasaba en ella la mitad del año y la otra mitad en su casa nativa de Javier, patria del glorioso San Francisco, donde todavia existe intacto el palacio feudal que vió nacer al santo, tan célebre por su reconocido talento, que no podemos menos de recordar con orgullo.

La noche de que hacemos mencion, casi toda la ciudad de Sangüesa se hallaba anegada, subiendo las aguas hasta los segundos y terceros pisos de las casas, y especialmente como llevamos dicho, en la calle Mayor. En el sitio donde hoy se encuentra situada la cruz de piedra, sobre una pequeña eminencia se veia un anciano sacerdote en pié y rodeado de un inmenso grupo de gente medio desnuda, en cuyos semblantes se pintaba la desolacion y el espanto. El anciano permanecia en una actitud suplicante, y otras veces gritaba sacando fuerzas de flaqueza:

—¿Quién se atreve á salvar á mi sobrina la hija de Navarro? ¿No hay quién se atreva? ¡Ah! el que la salve será feliz, se le dará tanto como pese de oro.

Nadie contestó, y sin embargo los hombres que lograban salvarse á nado, decian:

—En la casa de Navarro no ha quedado mas que el fronton y hay dos mugeres agarradas á uno de los balcones.

El pobre sacerdote daba gritos desconsolados viendo la impotencia á que su obesidad y sus años condenaban.

—Si yo pudiera, exclamaba torciéndose las manos, me arrojaria por salvarla; pero no puedo, me es imposible nadar. ¡Oh, Dios mio! Virgen santa! decidme como podré salvar á mi sobrina!

De repente le ocurrió una idea, como si Dios le hubiera iluminado escuchando la súplica que le hacia.

—Mi sobrina es millonaria, exclamó; quien se atreva á salvarla será su marido. ¿Hay alguno de corazon valiente y generoso que quiera arrostrar el peligro?

—Yo la salvaré, dijo un soldado de la guarnicion aligerándose de ropa y lanzándose á las aguas como una exhalacion.

El anciano sacerdote cruzó las manos en accion de gracias y se puso á orar:

—Dios te guie, dijo.

Los gritos de la multitud que presenciaba aquel triste y tierno espectáculo, animaban al valeroso soldado que, cruzando rápidamente sobre el turbulento abismo aquella considerable distancia, llegó á la fachada de la casa, pudiendo percibir los ayes desgarradores de una muger que pedia socorro. Venciendo entónces la impetuosidad de las aguas que mugian sordamente, y arrojando todos los obstáculos, logró llegar al sitio que se habia propuesto.

—Dadme las manos y agarraos á mi cuello, dijo el soldado tocando los hierros del balcon, á donde se pudo asir un momento.

La muger obedeció y él empezó á nadar con ella. Una profunda ansiedad reinaba entre tanto en todos los espectadores.

Cuando vieron aparecer al héroe rendido y jadeante, llevando sobre sí su precioso tesoro, una exclamacion general de asombro y de júbilo le saludó, y el pobre sacerdote se abalanzó á recoger á su sobrina.

Entonces hizo un movimiento de terror y exclamó perdiendo totalmente la esperanza:

—Infeliz, ha salvado á la criada!

El sacerdote cayó sin sentido y el soldado desapareció.

Entre tanto la avenida subia, viéndose las gentes obligadas á retroceder á cada momento. Todos, sin embargo, permanecian á la orilla, porque aunque no eran muchas, todavía quedaban algunas gentes dentro de las casas.

Las sombras de la noche, apenas desvanecidas por ciertos puntos, donde brillaban algunas luces que se habian improvisado, cubrian con denso manto aquel cuadro de desolacion.

Los unos lloraban en silencio la pérdida de sus bienes; los otros buscaban con ojos inquietos y con el corazon traspasado de dolor, algun individuo de su familia. Lloraban las madres apretando contra su seno al hijo querido que habian logrado salvar, y dando gracias al cielo por haberlo perdido todo, excepto aquel pedazo de sus entrañas. El esposo buscaba la esposa querida, el hermano á su hermana, y algun avaro de sus riquezas luchaba y acaso perecia por sacar á salvo su tesoro. Todo era confusion y gemidos en aquellos momentos de aciaga recordacion.

(Se continuará.)

## PLUMADAS.

Desde este número dejan de pertenecer á la redaccion de LA PEÑOLA, nuestros queridos compañeros, D. Tomás Acero y Abad y D. Remigio Vega Armentero.

Suplicamos á los suscritores morosos se sirvan puntualizar el pago de su suscripcion, si no quieren sufrir retraso en el recibo del periódico.

Advertimos á los que nos favorecen remitiéndonos originales, que la Redaccion se reserva el derecho de insertarlos ó no, y en cualquiera de dichos casos no devolverá las producciones; siendo esta la segunda y última indicacion que hacemos en este sentido.

En este número publicamos un artículo del distinguido y reputado literato D. Javier Tort y Martorell, digno director de la «Miscelánea Científica y Literaria,» ilustrada Revista de Barcelona, que recomendamos á nuestros suscritores por su amena, instructiva y meritoria lectura.

## CHARADA.

1.<sup>a</sup>

Tres con *segunda* es un verbo  
en el modo indicativo;  
mi *primera* es una planta  
propia del imperio chino;  
y la *dos* es una letra,  
y la *cuarta* es un artículo,  
y el *todo* el nombre que lleva  
la muger por quien suspiro.

2.<sup>a</sup>

Una letra es mi *primera*  
mi *dos* nota;  
otra letra es mi *tercera*  
y el *todo* tierra remota.

(La solucion en el próximo número.)

## FUGA DE CONSONANTES.

A.a.i.a=.o..io.e  
.a=.o.a=.a.a  
.o.=e.i.ia=.ue=.u.o  
.e=.a=e.a.a.a  
.e.a=.a.=i.a.  
.o.e.i.e=e=.a.a.  
e=.a.a.i.a.

J. E=.A...E.U..

Solucion al número anterior.

CHARADA.—CANAPE.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estercogalvanoplastia  
DE GAVIRIA Y ZAPATERO.

ANGUSTIAS, 1.